

«Yo no he sido, ellos son los que han hilvanado ese cuento;» pero el pudor de familia le asaltó, y bajando la cabeza aceptó la acusación de su yerno.

—Por lo demás, añadió éste, todos estaban en contra mía. El mismo Duveyrier no se portó mucho mejor al entenderse con el notario: cuando yo quería que se citase el seguro en el contrato como una garantía, me impuso silencio. Pero si yo lo hubiera exigido, habría V. cometido una falsificación; ¡sí señor, una falsificación!

El pobre padre, pálido como la cera, se levantó al oír aquella acusación, y se disponía á responder ofreciendo su trabajo, todo lo que le quedaba de vida para asegurar la felicidad de su hija, cuando Mad. Josserand fuera de sí por la terquedad de Mad. Dambreville, entró como una ráfaga de viento.

—¿Cómo? ¿qué? gritó... ¿Quién habla aquí de falsificaciones? ¡Es el señor! Pues ante todo vaya V. al cementerio á ver si ya está abierta la caja de su padre.

Augusto esperaba oír aquellas palabras, pero no por eso dejaron de atormentarle. La furibunda madre de Berta continuaba diciendo, con la cabeza muy erguida y en actitud provocadora:

—Nosotros tenemos los diez mil francos,

si señor, los guardamos en un cajón... pero no se los daremos á V. hasta que su señor padre venga á entregarnos los que prometió dar á V. ¡Vaya una familia!... ¡un padre jugador de Bolsa que se arruina, y un yerno ladrón que se traga todo lo que queda de la famosa herencia!

—¡Ladrón! ¡ladrón! balbuceó Augusto fuera de sí... los ladrones están aquí, señora.

Los dos con el rostro encendido se plantaron uno enfrente del otro. M. Josserand á quien quebrantaban aquellos violencias, los separó. El pobre con los ojos llenos de lágrimas, les suplicaba que se calmasen, y al fin tuvo que sentarse dominado por un fuerte temblor nervioso.

—De todos modos, añadió el yerno, después de un largo silencio, no quiero en mi casa indecencias. Conserve V. su dinero y su hija. No he subido más que para decir á V. esto.

—Lo que hace V. es salirse de la cuestión, dijo tranquilamente la madre... no importa, ahora hablaremos del otro asunto.

M. Josserand, sin fuerzas para levantarse, los miraba con asombro. No comprendía. ¿Qué era lo que querían decir? ¿De parte de quién procedían las indecencias que Augusto no quería en su casa? Después, cuan-

do al oírles, supo la falta que había cometido su hija, sintió que se le desgarraba el pecho y que por aquella herida se le iba el alma. ¡Su propia hija, sería la causa de su muerte! ¡Sufriría por ella el castigo de todas sus debilidades! Ya la sola idea de que contraía deudas y de que por esto vivía en continua guerra con su marido, amargaba su vejez y renovaba los tormentos de su pasada vida. Pero no era esto solo; ¡también caía en el adulterio! ¡Oh! esto sublevaba al honrado anciano. Helado, como la nieve, y sin articular una sola palabra, oía la discusión de su mujer y su yerno.

—Bien anuncié yo que me engañaría, decía Augusto, con un aire de triunfo indignado.

—Y yo respondí que hacia V. todo lo posible para conseguirlo, contestó victoriosamente Mad. Josserand. ¡Oh! yo no defiendo á Berta, lo que ha hecho es estúpido, y aunque tarde en calentarle los oídos, se los calentaré... ¡vaya! pero, en fin, puesto que no se halla presente, puedo decir, y digo, que el único culpable es V.

—¡Yo culpable!

—Sí, señor... no entiende V. ni jota de mujeres.

Vamos á ver... un ejemplo. ¿Se ha dig-

nado V., una vez siquiera, asistir á mis reuniones de los martes? No, sólo viene V. tres veces al año y no permanece V. más que media hora á lo sumo. Aunque se padezcan jaquecas, no por eso se ha de dejar de ser fino y amable... Ya sé que no es un crimen lo que le imputo á V.; pero no importa, con sólo observar su conducta, está V. juzgado; en una palabra, no sabe V. vivir.

Su voz expresaba un profundo rencor, lentamente formado; porque al casar á su hija había contado, sobre todo, con que su yerno adornaría su salón; pero se había llevado un solemne chasco, no había presentado á nadie, y jamás sus reuniones podían competir con los coros de Mad. Duveyrier.

—Por lo demás, añadió irónicamente, yo no obligo á nadie á que se divierta en mi casa.

—Hace V. bien, respondió él, porque lo que es diversión... maldita la que se encuentra en ella.

Al oírle se indignó.

—Eso es, insúlteme V... Sepa V., caballero, que si quisiera reuniría en mi casa lo mejor de París: no he necesitado conocerle á V. para ser una señora principal.

Ya no se trataba de Berta, el adulterio había desaparecido ante aquella reyerta per-

sonal. M. Josserand los escuchaba, y le parecía estar siendo víctima de una terrible pesadilla. No era posible, su hija no podía proporcionarle aquel dolor; y penosamente acabó por levantarse, saliendo sin decir una palabra en busca de la joven. En cuanto llegase se arrojaría á los brazos de Augusto, habría una explicación y todo acabaría. La halló disputando con Hortensia, que la aconsejaba que pidiese perdón á su marido, harta ya de ella, y temiendo tener que partir por mucho tiempo lecho y cuarto. La joven se resistía, y sin embargo acabó por seguirle. Cuando llegaron al comedor, madame Josserand gritaba:

—No por cierto, aseguro á V. bajo mi palabra de honor que no le compadezco.

Al ver á Berta se calló, refugiándose en su severa majestad. Augusto hizo, al apercebir á su mujer, un gesto de protesta.

—Vamos, murmuró M. Josserand, con dulce y temblorosa voz... ¿qué es lo que os pasa á todos? Yo no lo sé, pero me volvéis loco... ¿No es verdad, hija mía, que tu marido se engaña? Explicáte... es preciso que te apiades de tus ancianos padres... Hazlo por mí... vamos, da un abrazo á tu esposo.

Berta, que deseaba complacer á su padre permanecía indecisa, ahogada en el estrecho

peinador, al verle retroceder con un aire de repugnancia trágica.

—¿Cómo es eso? ¿te niegas á complacerme? proseguía el padre. Tu obligación es dar el ejemplo, y V., hijo mío, ayúdela, sea V. indulgente.

El marido estalló al fin.

—Ayudarla yo... ¡Bonito estaría! Sepa V., caballero, que la he encontrado en camisa y con un hombre. Pretender que la tienda mis brazos es burlarse de mí... Sí, señor... ¡en camisa!

M. Josserand permaneció sin saber lo que le pasaba. De pronto, cogiendo á Berta:

—¿No dices nada? exclamó... ¿con que es cierto...? De rodillas... ¡miserable!

Pero Augusto, que se marchaba:

—No se moleste V., añadió, ya no me hacen efecto las comedias á que tan aficionados son ustedes. Es inútil que se obstinen en que cargue con ella de nuevo... No, y mil veces no... Prefiero pleitear... Si les molesta á ustedes, endósensela á otro... Por lo demás, ustedes y ella, allá se van.

En la antesala, dijo aún:

—¡Oh! cuando se ha hecho una mala mujer de una hija, no se la mete por los ojos á un hombre honrado.

La puerta de la escalera se cerró y suce-

dió á esta escena un profundo silencio. Berta volvió maquinalmente á ocupar su puesto en la mesa, con los ojos bajos, mirando el café que había quedado en su taza, mientras su madre se paseaba, furiosa, impelida por la tempestad de sus violentas emociones. El padre, aniquilado, agonizante, se sentó junto á la pared, en un rincón del comedor. Un olor de manteca ranciaapestaba la atmósfera.

—Ahora que ese grosero nos ha dejado, dijo Mad. Josserand, es tiempo de que hablemos. ¡Ah! señor marido, hé aquí los efectos de la incapacidad de V. ¿Reconoces al fin tus culpas? ¿Crees que habría quien se atreviese á hablar, como ese canalla nos ha hablado, á alguno de los hermanos Bernheim, á un propietario de la cristalería de San José? No: si me hubieras escuchado, si hubieras dominado á tus amos, ese miserable se habría arrojado á nuestros piés, porque se ve á la legua que lo que quiere es dinero... Tenga V. mucho dinero y todo el mundo le considerará. Más vale inspirar envidia que lástima. Cuando yo tengo un franco hago creer que tengo cuarenta... ¡Pero tú! ¡oh! á tí no te importa que yo ande descalza, has engañado indignamente á tu mujer y á tus hijas, obligándolas á vivir murién-

dose de hambre. No... no protestes, todas nuestras desgracias nacen de eso.

M. Josserand, extenuado, no hizo ni el más ligero movimiento. Su mujer se detuvo ante él, y después, al verle inmóvil, continuó paseando.

—Sí, hazte el desdeñoso... ya sabes que te conozco y que no me engañas... Veremos á ver si te atreves á hablar mal de mi familia como de costumbre. En todo caso no tiene nada que echarle en cara la tuya... Si he de decirte lo que pienso... sabe que si mi padre no hubiera muerto tú habrías acabado con él... En cuanto al tuyo...

La palidez de M. Josserand aumentaba.

—Te pido por el amor de Dios, Leonora, balbuceó, que no continúes. Te abandono á mi padre, te abandono á toda mi familia... lo único que te pido es que me dejes en paz. No me encuentro bien.

Berta, compadecida, levantó la cabeza.

—Mamá, déjale, dijo.

Entonces, volviéndose contra su hija la exasperada madre, añadió, con mayor violencia...

—¿Te atreves á hablar...? No creas que te he olvidado... no, desde ayer vengo recomiéndome y te digo que ya no puedo más... ¿Es posible que hayas sido capaz de com-

prometerte con ese hortera? ¿Has perdido toda noción de lo que exigen las conveniencias? Yo creía que sacabas partido de él, que tu amabilidad no tenía más objeto que estimularle á trabajar con celo; y te ayudaba... pero lo que ha pasado... ¿quieres decirme qué interés te ha movido?

—Ninguno, balbuceó la joven.

—Y entonces, ¿por qué has hecho lo que has hecho? Tu conducta ha sido más estúpida que mala.

—¡Vaya unas cosas que tienes, mamá! en esos asuntos no se sabe jamás lo que se hace.

—¿No, eh? pues es preciso saberlo, prosiguió Mad. Jossierand, paseándose de nuevo. Obrar mal, ¿y para qué? Eso no tiene sentido común y es lo que más me irrita. ¿Te he aconsejado yo que engañes á tu marido? ¿Acaso he engañado yo á tu padre? Esa... esa es la cuestión... Que diga él si me ha sorprendido alguna vez con un hombre.

Su paso era majestuoso, su virtud la esponjaba.

—Nada... ni un olvido, ni una falta, ni un mal pensamiento siquiera. Mi vida ha sido casta... y Dios sólo sabe lo que tu padre me ha hecho sufrir. Aunque hubiera pecado, habría tenido excusa. Pero mi buen

sentido me ha salvado... y ya lo ves, ¡ni una palabra tiene para acusarme! Ahí le tienes en la silla, sin pestañear. He sido honrada, y levanto la frente muy alta... ¡Ah! pedazo de alcornoque... ¡no te das cuenta de la gran tontería que has hecho!

Y doctamente, regaló á los oyentes un curso de moral práctica acerca del adulterio. ¿No estaba Augusto autorizado á echarselas de amo?

Le había dado un arma terrible; aun cuando se reconciliara, no podía, en lo sucesivo, sostener ninguna disputa con él sin que le echase en cara su falta.

¡Bonita posición! no tenía más remedio que bajar á todo la cabeza.

El caso era que, si se hubiera portado de otra manera, habría podido sacar gran partido de un esposo como Augusto.

No había duda, valía más ser honrada.

—Juro ante Dios, añadió la madre, que me habría contenido, aunque el Emperador hubiera sido el que me hubiese solicitado... Pierde una más que gana.

Pasó un rato sin pronunciar palabra; parecía que reflexionaba, y después, dijo:

—Por añadidura, es la mayor de las vergüenzas.

M. Jossierand la miraba; miraba á su hija,

agitaba los labios sin hablar, y completamente abatido, suplicaba que pusieran término á aquellas crueles explicaciones.

Pero Berta que cedió ante la violencia, se sentía irritada por la lección que le daba su madre, no sin revelarse, porque en medio de la inconsciencia de su falta, pensaba que más que de ella era hija de la educación que había recibido en el seno de su familia. Colocando el codo sobre la mesa.

— ¡Qué admirable apoyo! exclamó.

¿Para qué me han hecho ustedes casarme con un hombre á quien no quería?

Era natural que sucediese lo que ha sucedido. Tenía que buscar otro.

En seguida recordó toda la historia de su matrimonio; los tres inviernos que había dedicado á la caza de marido, y terminó diciendo:

— Me ha fastidiado, y le fastidio. No hemos nacido para entendernos; pero la culpa no es mía. Desde el día siguiente al de nuestra boda, comprendió que le habíamos engañado, y estaba taciturno y abatido como cuando se le escapa la ocasión de hacer una buena venta... Yo por mi parte, sentía repugnancia hacia él. Les aseguro á ustedes que el matrimonio no ofrece atractivo; para esto no valía la pena de casarse. Todo nuestro

mal nace de ahí. Dadas las circunstancias, debía pasar lo que ha pasado; así es que yo no soy culpable.

Y después con una convicción profunda, añadió:

— ¡Ay mamá! ahora sí que comprendo tu conducta. ¿Te acuerdas cuántas veces nos has dicho que estabas harta hasta dejártelo de sobra?

Mad. Jossierand de pié delante de ella, la escuchaba desde hacia algunos momentos con una mezcla de estupor é indignación.

— ¡Yo, yo! ¿Cuándo he dicho yo eso? exclamó.

Berta no se detuvo.

— Lo has dicho infinitas veces... y además, hubiera yo querido verte en mi lugar. Augusto no es tan bueno como papá; si tú vivieras con él, á los ocho días os habriais dado de cachetes por el dinero.

Nadie como él te habría inspirado la idea que proclamas tantas veces, de que los hombres no son buenos más que para engañarlos.

— ¡Pero esta endemoniada! ¿Cuándo he dicho yo eso? repitió la madre fuera de sí.

Y se abalanzó en actitud tan amenazadora hacia su hija, que el padre extendió el brazo como para pedir auxilio.

Los gritos de aquellas dos mujeres le llegaban al corazón, y cada sacudimiento que experimentaba, aumentaba la herida que los disgustos de familia habían abierto en su alma.

Sus ojos se inundaron de lágrimas, y exclamó:

—¡Acabad de una vez! Ahorradme estos pesares.

—No, no y mil veces no; exclamó madame Josserand alzando más la voz; esto es espantoso. ¿Cómo he de tolerar que esta desgraciada pretenda que soy la causa de su desvergüenza? Si no la paro, hasta será capaz de decir que soy yo quien ha engañado á su marido... En el fondo todo lo que habla quiere decir eso: que la culpa es mía.

Berta permaneció con el codo sobre la mesa; muy pálida, pero resuelta.

—Si me hubieras educado de otra manera, no habría sucedido...

No pudo acabar la frase. Su madre la dió un puñetazo tan fuerte, que la obligó á tocar con la cabeza en la tabla de la mesa. Desde la vispera tenía este puñetazo en la mano; necesitaba darlo y se lo adjudicó como en los días en que su hija, de menor edad, cometía alguna falta.

—Toma, exclamó: murmura ahora cuan-

to quieras de tu educación. Tu marido ha debido matarte.

La joven sollozaba olvidando sus veinticuatro años: aquel bofetón la había trasladado á su época de niña, y recobró la temerosa hipocresía de aquellos tiempos. Su resolución de mujer emancipada, se convirtió en dolor infantil.

Al verlas tratarse de aquel modo, se apoderó de su padre una inmensa emoción.

Se levantó y trabajosamente separando á la madre de la hija, balbuceó:

—¿Queréis matarme entre las dos?

Hablad de una vez; ¿he de pedir de rodillas que no alteréis la paz?

Dominada Mad. Josserand y no teniendo nada que añadir, se retiraba majestuosamente, cuando detrás de la puerta apercibió á Hortensia que escuchaba. Esto la indignó de nuevo.

—¡Cómo! exclamó. ¿Has estado escuchando todas esas indecencias?

La una hace horrores, y la otra se regodea oyéndolos. ¡Vaya! ¡Bonito par de niñas! Pero señor, ¿quién os ha educado de ese modo?

Hortensia entró en la habitación sin conmoverse.

—No necesitaba escuchar, dijo, se os oía

desde la cocina. La criada se ha divertido en grande. Además, tengo bastante edad para casarme, y puedo ver y oír perfectamente todo cuanto pasa en el mundo.

—Podías estar casada con Verdier, ¿no es verdad? añadió la madre con amargura. He ahí las satisfacciones que me das tú también... Ahora sólo esperas á que se muera el niño; espera sentada, porque está gordo, rollizo y admirable, según me han dicho.

Estas palabras alteraron la bilis de la joven, quien respondió con ira reconcentrada:

—Si está rollizo, Verdier puede mandarle á paseo y no tardaré en conseguirlo... Sepan ustedes que me casaré sin su ayuda, porque está visto que los matrimonios que ustedes hacen no dan buenos resultados.

Al ver que su madre se dirigía hacia ella en actitud amenazadora:

—Mucho cuidado, añadió, á mi no se me abofetea.

Las dos se miraron cara á cara. Mad. Joserand salió ocultando su retirada, bajo el aspecto de una desdeñosa dominación; pero el padre creyó que iba á haber una batalla entre madre é hija, y ante aquel temor, ante la idea de ver despedazarse unos á otros los seres que más había querido en el mundo, profundamente consternado se retiró á un

rincón de su cuarto como herido de muerte y deseoso de acabar allí sus días.

En medio de los sollozos, repitió:

—No puedo más; no puedo más.

La habitación volvió á quedar en el mayor silencio. Berta se calmaba.

Hortensia se sentó á la mesa, y se puso á comer un poco de asado que había.

Poco después entristeció á su hermana con sus razonamientos. Era imposible habitar en aquella casa, y consideraba preferible mil veces que la hubiera pegado su marido mejor que su madre, porque aquello era lo más natural.

Por otra parte, cuando se casase con Verdier, no permitiría á su madre que fuera á verlos, para evitar en su casa escenas como la que acababa de pasar.

Adela entró á quitar la mesa, pero Hortensia continuó diciendo que si seguían los escándalos de aquel modo, lograrían que los echasen de la casa.

La criada participó de aquella opinión, añadiendo que había tenido que cerrar la ventana de la cocina, para que no se enterasen los domésticos de la vecindad que estaban escuchando.

De pronto se oyó un ruido sordo, y Berta con la mayor inquietud preguntó:



—¿Qué es eso?

—Quizá es algo que ha pasado entre el ama y la otra señora que está en el salón, dijo Adela.

Mad. Josserand se vió sorprendida al encontrar á Mad. Dambreville.

—¡Cómo! ¡Aún está V. ahí! exclamó reconociéndola.

La buena señora no se movió.

Las reyertas de familia, los gritos, los portazos, parecían haber pasado desapercibidos para ella. Estaba inmóvil, preocupada, absorta.

—Veamos, exclamó Mad. Josserand; supongo que no habrá V. resuelto dormir aquí... León me ha escrito que no vendrá.

—Ya me voy; perdóneme V., respondió Mad. Dambreville; pero de todos modos, diga V. á León de mi parte que he reflexionado. Consiento. Se casará con esa joven, ya que es necesario, pero que sepa que soy yo quien se la da. Que venga á pedírmela á mí sola. ¿Lo oye V.?... ¡Oh! sí, ¡qué vuelva, qué vuelva!...

Su voz ardiente suplicaba. Después añadió en voz muy baja, con la terquedad de una mujer, que después de sacrificarlo todo se agarra á una tabla salvadora, á una última satisfacción; se casará con ella, pero ha-

bitará con nosotros; sino, no hay nada de lo dicho. Prefiero que se pierda todo; y se fué.

Mad. Josserand se calmó por completo. En la antesala al despedirse de Mad. Dambreville, la dió algunos consejos; le prometió que aquella misma noche iría á verla su hijo tierno y sumiso.

Quando cerró la puerta, pensó llena de ternura que todo se arreglaría á las mil maravillas; pero en aquel momento llegó también á su oído el ruido sordo que preocupaba á sus hijas.

—¿Qué sucedía?

Se precipitó en el comedor, y al entrar preguntó si se había roto algún cacharro de la cocina.

—No mamá; no sabemos lo que ha sido.

Se volvió para escuchar, y vió á Adela, que también estaba escuchando á la puerta de la alcoba.

—¿Qué hace V. ahí? ¿Por qué espía V. al amo? ¡Hum, hum!

La criada la interrumpió diciendo:

—Creo haya sido el señor, que se ha caído.

—¡Ah! sí, es verdad, dijo Berta palideciendo.

Las cuatro penetraron en la alcoba. Delante del lecho yacía en el suelo M. Josserand, que al caer se había dado un golpe en

la cabeza con una silla; y unas cuantas gotas de sangre caían de su oreja derecha.

La madre, las hijas y la criada, le rodearon y le examinaron.

Cuando al entrar las cuatro quisieron levantarlo para echarlo en la cama, le oyeron murmurar:

—Estoy perdido... ¡Me han muerto, me han muerto!

## VIII.

Transcurrieron algunos meses, y llegó la primavera. Hablábese en la calle de Choiseul del próximo matrimonio de Octavio con madame Hedouin.

Las cosas no iban, sin embargo, tan de prisa como parecía. Octavio había recuperado su antigua posición en el almacén de la viuda, y continuaba desarrollando la condición del establecimiento de Mad. Hedouin, quien desde la muerte de su marido no podía salir adelante con los negocios de la casa que se aumentaban.

Su tío, el viejo Deleuze, obligado á permanecer en una butaca por su reumatismo no se ocupaba de nada, y como era natural, el joven que era muy activo, dominado por su pasión al gran comercio, llegó poco á poco